para anunciar y hacer presente entre nosotros el Reino de Dios. Nuestra sociedad necesita sembradores del Evangelio de este talante, el mismo que marcó cabalmente la existencia de san Óscar Arnulfo. Él fue asesinado por ser portador de esperanza para los desamparados, en sintonía absoluta con su Maestro, Jesús de Nazaret, el unigénito Hijo de Dios. A ellos prestó su voz de profeta y por ellos se desgastó, renunciando a la cobarde solución de abandonar el rebaño y huir como hacen los mercenarios. En verdad, este Prelado encarnó enteramente la semblanza del evangelizador que encontramos nítidamente expuesta en la exhortación apostólica postsinodal de san Juan Pablo II"Pastores gregis", cuando afirma: "Ante situaciones de injusticia, y muchas veces sumidos en ellas, que abren inevitablemente la puerta a conflictos y a la muerte, el obispo es defensor de los derechos del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Predica la doctrina moral de la Iglesia, defiende el derecho a la vida desde la concepción hasta su término natural; predica la doctrina social de la Iglesia, fundada en el Evangelio, y asume la defensa de los débiles, haciéndose la voz de quien no tiene voz para hacer valer sus derechos. No cabe duda de que la doctrina social de la Iglesia es capaz de suscitar esperanza incluso en las situaciones más difíciles, porque, si no hay esperanza para los pobres, no la habrá para nadie, ni siquiera para los llamados ricos" (n. 67).

Fernando Chica Arellano

Misión Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA arellano@libero.it

San Óscar A. Romero, *Homilías de justicia y paz. Ciclo A/II (1978), Edición preparada por Miguel Cavada Díez.* Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2020, XXVIII + 441 pp. ISBN: 978-84-220-2138-4.

https://doi.org/10.46543/ISID.2029.1065

La prestigiosa editorial *Biblioteca de Autores Cristianos* está realizando un loable servicio publicando el repertorio homilético de mons. Romero, arzobispo de San Salvador y conspicuo modelo de vida sacerdotal por la ejemplaridad evangélica de su vida y su recia bizarría. Este es el cuarto volumen de la serie. Están ya en el mercado estos otros: San Óscar A. Romero, *Homilías de resurrección y vida. Ciclo C (1979-1980), Edición preparada por Miguel Cavada Diez.* Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2018; San Óscar A. Romero, *Homilías de evangelización. Ciclo C (1977), Edición preparada por Miguel Cavada Diez.* Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2019; San Óscar A. Romero, *Homilías de denuncia y compasión.*

Ciclo A (1977-1978) I, Edición preparada por Miguel Cavada Diez. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2019.

El presente tomo recopila 25 homilías de este preclaro evangelizador, asesinado vilmente el 24 de marzo de 1980. Las pronunció entre el 4 de junio y el 26 de noviembre de 1978. Se incluye asimismo el sermón tenido en el funeral del padre Ernesto Barrera (29 noviembre 1978). Corresponden al ciclo A de la liturgia de la Iglesia y ponen de manifiesto que el Prelado, como Padre de los pobres, ejerció apasionadamente el ministerio de heraldo de la palabra de Dios, saciando con ese alimento el hambre de salvación, de justicia y de paz de los hermanos y hermanas confiados a su cuidado pastoral, pero también de aquellos otros que lo escuchaban por radio o lo seguían por medio de la prensa escrita.

Nos encontramos ante un predicador que no irradia su propia doctrina ni tergiversa la ajena. Expone cabalmente el mensaje evangélico con palabra ubérrima y enérgica. Romero no se cansa ni cansa al hablar. Sus piezas oratorias son extensas, mas no aburridas. Albergan variedad de argumentos, no yuxtapuestos de modo aleatorio, sino con ideas brillantes, sugestivas y bien articuladas. Sus sermones duraban a veces dos horas. Y esto ocurría precisamente porque el Prelado contemplaba una grey sedienta de Cristo, de su doctrina, de la luz que mana de su costado para vencer la oscuridad de las tinieblas. De ello dio buena razón ante quien se interesaba al respecto: "Se me preguntó en Roma si no me parecían muy largas mis predicaciones. Soy el primero en sentirlo —les decía yo—, pero cuando yo veo un pueblo atento a mi palabra, yo aprovecho los minutos. Y yo agradezco a mi pueblo que me escucha. Y cuando sé que, más allá de la multitud de la catedral, la radio casi monopoliza el auditorio a esta hora, estoy seguro de que el espíritu de Dios en mis pobres palabras está llevando la revelación, el mensaje del evangelio. Trato de ser tan fiel al evangelio que, aun cuando esta palabra molesta a un sector o a otro sector, trato de definirla plenamente como la doctrina auténtica de la Iglesia. Y no quiero que sea una doctrina manipulada por ningún grupo particular, por ninguna tendencia política de partido, por ninguna oposición ni por, tampoco, ningún oficialismo. No quiero que nadie use mi palabra, palabra de Dios, para intereses solamente de la tierra. Estoy con aquel que busca la justicia por la justicia que busca, pero sin compartir los caminos por donde él, autónomo, puede buscarlo. Ya sé que la Iglesia no me permite ir por caminos de violencia, por caminos que no son los caminos de Jesucristo" (Homilía del 2 de julio de 1978, pp. 45-46).

En sus sermones, mons. Romero explicaba seria y concienzudamente las lecturas de la liturgia del día, no desde el punto de vista académico, sino con la hondura de quien vive en su alma lo que sus labios proclaman. Y era la riqueza que brotaba de la Sagrada Escritura la que

aprovechaba para glosar y esclarecer los acontecimientos que signaban su periplo como pastor. Sus comentarios no surgían de ideología o estrategia alguna, sino de su responsabilidad eclesial, de una limpia conciencia, de la audacia con la que ejercía su ministerio. Bien sabía él que la palabra de Cristo no es letra muerta ni vetusta pieza de museo alguno. El evangelio es vida plena, vida copiosa y regeneradora, que no consiente la muerte ni fomenta la corrupción. Recorrer, por tanto, las páginas de este volumen llevan a comprobar que la entera espiritualidad de este egregio pregonero de la Buena Noticia buscaba solamente fortalecer la comunión de su pueblo con Dios, anhelaba promover una imagen de Iglesia samaritana, cercana a todos, pero especialmente a cuantos sufren por pruebas diversas. Esas metas implicaban que el mismo Romero nutriera su interioridad con la palabra viva y eficaz del Señor, con la plegaria constante y con el pan de la eucaristía, alimento de vida eterna. En efecto, él no ignoraba que si su existencia no abundaba en fe, esperanza y caridad bien poco podía hacer como ministro de la palabra del Señor, de la santificación y del progreso espiritual del pueblo de Dios.

Esta obra es un acicate para vivir el cristianismo en alta tonalidad, saliendo de esta forma de la modorra que frecuentemente nos conduce a optar por la mediocridad o la tibieza. El Prelado, por el contrario, nos invita a poner en el centro de nuestras jornadas a Dios, para con su gracia afrontar cuantas vicisitudes nos asalten. En su coyuntura, dramática en muchos aspectos, a él le tocó encarar episodios duros y sinuosos, circunstancias cargadas de injusticias y cuantiosos atropellos. También la nuestra está colmada de acuciantes retos, por lo que beber del caudal romeriano que ofrece esta publicación no será tarea baldía. En este sentido, y para facilitar la consulta del volumen, se echa en falta en él un exhaustivo índice de citas bíblicas y magisteriales, así como otro de materias, personas y lugares.

La predicación del Arzobispo, impregnada de la sabiduría bíblica, de una teología clásica, de citas del Concilio Vaticano II y del Romano Pontífice, así como de otros documentos eclesiales, en particular de los firmados por el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), viene modulada en clave de anuncio y denuncia, de aliento y consuelo. Cimentado pródigamente en la doctrina social de la Iglesia, el Prelado, en estos sermones, no perseguía otro propósito que dar a su pueblo lo que necesitaba para responder, en medio de no pocos sufrimientos, a su vocación cristiana. Como indica Jon Sobrino en el precioso prólogo que abre este libro, mons. Romero no se dejó intimidar por cuantos a toda costa ambicionaban enmudecerlo. A pesar de que lo intentaron en repetidas ocasiones, no pudieron silenciar su voz, ni siquiera acribillándolo mientras celebraba la Santa Misa. Él encarnaba una "Iglesia que tenía

que pronunciarse ética y evangélicamente sobre la violencia que se iba generando en el país: sus diversas manifestaciones, las condiciones de legitimidad, la condena de su endiosamiento. Y por encima de todo, tenía que animar a que se hiciese justicia y que esta llevase a la paz" (p. XIII).

Pero si la vertiente social es relevante en este volumen, me parece que lo es más todavía el aspecto eclesial del pensamiento de San Romero de América. Él fue, ante todo, un profundo conocedor de la Iglesia, un leal servidor de ella como maestro, santificador y guía. Y, en cuanto tal, estas páginas muestran que amaba profunda e intensamente a la Esposa del Redentor. Y es que el Obispo está configurado con Cristo para amar a la Iglesia con el amor de Cristo esposo y para ser en la Iglesia ministro de su unidad, esto es, para hacer de ella"un pueblo convocado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (Lumen gentium, 4). Esta perspectiva pone de relieve que el camino espiritual del que fuera IV arzobispo de San Salvador está transido de caridad pastoral, que debe considerarse fundadamente como el alma de su apostolado. La de Romero, por tanto, no fue una mera existentia, sino también una pro-existentia, esto es, un vivir anclado en el modelo supremo que es Cristo el Señor, caracterizado por su incondicional y total entrega a la adoración del Padre y al servicio de los hermanos. En este sentido, son muchos los testimonios —recogidos con motivo de su beatificación y canonización— que confiesan haber percibido esta verdad en la vida de mons. Romero, que edificaba a todos por su transparencia y que dotaba de eficacia a su labor episcopal por su vida sencilla, sobria y, a la vez, activa y generosa, situando siempre en el centro de la comunidad cristiana, y no al margen, a los pobres quienes, por desgracia y asiduamente, son considerados como los últimos de la sociedad. Procurator pauperum ha sido siempre un título de los pastores de la Iglesia. En el caso de este Prelado lo fue sin remilgo alguno y también de manera concreta. Por eso, las palabras contenidas en estas homilías hacen presente y elocuente el mensaje del evangelio de Jesucristo como fundamento de la esperanza de todos, pero especialmente de los que solo pueden esperar de la providencia divina una vida más digna y un futuro mejor.

Este estilo suyo de proceder condujo al Prelado por sendas amargas de acoso y hostigamiento. Sin embargo, él nunca jamás se arredró ni edulcoró su mensaje. Supo defenderse del ataque de los altivos con la palabra y la virtud, sin devolver mal por mal, sino militando bajo la bandera de Cristo, el Buen Pastor, dando la mano a la mansedumbre y la verdad, que resplandecen sin hacer ruido y doblegan el orgullo con la fuerza de la benignidad. Estos sermones son testigos del afecto que le tenían sus feligreses, al tiempo que recogen las injurias y agravios que mons. Romero tuvo que soportar. De esta forma, ayudan a conocer qué

hacía el Arzobispo y por qué lo hacía. Revelan, en definitiva, lo más recóndito de su identidad, el hontanar del que nacía su quehacer evangelizador. Son confesiones que desenmascaran la hipocresía de aquellos que lo aborrecían, en general pertenecientes al mundo de la política, la magistratura, el ejército o de las altas esferas del poder económico, sin descartar a grupos insurgentes salvadoreños de aquella época. Junto a las críticas, en sus homilías, el santo se hace eco igualmente de los gestos de cariño que los menesterosos, los campesinos, los catequistas y otros grupos eclesiales le profesaban. Entre las alabanzas de unos y los vituperios de otros, queda al descubierto la talla personal del Arzobispo. Son textos muy hermosos, que aparecen, casi siempre, cuando el Prelado habla de su relación con el pueblo. Ante las difamaciones, Romero se describe a sí mismo y manifiesta sus genuinas intenciones, quién era él en verdad. Una y otra vez refiere que los dos amores de su vida son Cristo y la grey que le ha sido encomendada. Una grey sufriente y esperanzada, que le reclama audacia, abnegación, verdad y entrega absoluta. El arzobispo Romero se encuadraba infatigablemente en las coordenadas del servicio a Dios y al evangelio. Siempre se vio a sí mismo como un apóstol, obediente no a su propia voluntad sino al querer del único Maestro. Entendió su misión no desde la óptica del funcionariado, sino como la de aquel que tiene por oficio ser sembrador de justicia y vocero de la divina palabra. Era consciente de que instancias fuertes y oscuras deseaban derrocarlo, pero él sabía bien de quién se había fiado. Por ese motivo pudo decir sin ambages: "Yo no tengo inconveniente en ser destituido, no tengo ambiciones en el poder de la diócesis. Simplemente, considero que esto es un servicio y que, mientras el Señor, por medio del Pontífice, me mantenga en él, seré fiel a mi conciencia, a la luz del evangelio, que es lo que yo trato de predicar, nada más ni nada menos. Porque ya entramos precisamente en materia; para que vean cuál es mi oficio y cómo lo estoy cumpliendo: estudio la Palabra de Dios que se va a leer el domingo; miro a mi alrededor, a mi pueblo; lo ilumino con esta palabra y saco una síntesis para podérsela transmitir y hacerlo, a ese pueblo, luz del mundo, para que se deje guiar por los criterios, no de las idolatrías de la tierra; y por eso, naturalmente que los ídolos de la tierra y las idolatrías de la tierra sienten un estorbo en esta palabra y les interesaría mucho que la destituyeran, que la callaran, que la mataran. Suceda lo que Dios quiera, pero su Palabra —decía san Pablo— no está amarrada (cf. 2 Tim 2,9). Habrá profetas, sacerdotes o laicos —ya los hay abundantemente que van comprendiendo lo que Dios quiere por su Palabra y para nuestro pueblo" (Homilía del 20 de agosto de 1978, pp. 163-164).

Concluyendo, creo no equivocarme si reitero que ha sido un gran acierto de la BAC publicar un nuevo volumen de los sermones de mons.

Romero. Al concluir su lectura, he percibido que el santo encarnó nítidamente las palabras proféticas que un día escribiera San Pablo VI: "Paradójicamente, el mundo, que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios lo busca sin embargo por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible. El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda" (Evangelii nuntiandi, 76). Ciertamente, la palabra del Arzobispo se caracterizaba por esos rasgos. El Prelado aunaba en su existencia doctrina y testimonio. Era a lo que exhortaba el príncipe de los apóstoles cuando animaba a los fieles a llevar una vida pura y respetuosa para que, si alguno se mostraba rebelde a la palabra, fuera ganado por la luminosidad de la conducta (1 Pe 3,1).

Mons. Romero supo hacer realidad esta sugerencia de san Pedro mediante su entrega cotidiana. Evangelizaba a su grey a través de su fidelidad a Jesucristo, de su desapego de los bienes materiales, por su libertad frente a los poderes del mundo. En una palabra, predicaba con su santidad de vida. Por este motivo, estimo que el contenido de este florilegio homilético aleccionará a los ministros de la Iglesia. Hallarán aquí un referente y un incentivo para ejercer su quehacer con intrepidez y entusiasmo. Ayudará igualmente a las almas consagradas a avanzar en la puesta en práctica de los consejos evangélicos. Será asimismo un aliciente para los que se preparan a recibir el Orden Sacerdotal. El libro, en fin, acercará al lector al corazón de Jesús, nuestro divino Salvador. Le brindará una imagen real y atravente de la Iglesia, al tiempo que le mostrará que el compromiso con el evangelio no va contra el genuino progreso del mundo, sino a su favor. Acoger este legado no puede llevar sino a un cambio radical de vida, a una auténtica conversión, a una apuesta por la perfección que entraña la afable práctica de la caridad. Y este me parece que es el gran regalo que nos brinda San Óscar Arnulfo con sus homilías. A nosotros nos corresponde saborear su palabra, serena y meditativamente. Será la manera de imitar su ejemplo en el cumplimiento exacto y diario de nuestro ser cristiano y de nuestras responsabilidades.

Fernando Chica Arellano

Misión Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA arellano@libero.it